

LA PRIMITIVA HISTORIA DE
TENERIFE

BIBLIOTECA CANARIA

La primitiva historia de Tenerife

DESCRIPCION DE LA ISLA, SU FERTILIDAD
Y COSTUMBRES DE SUS NATURALES

LIBRO PRIMERO

Por

Fr. ALONSO DE ESPINOSA

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Valentín Sanz. 15,

J. M. Alzaola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

5. M. Nicola
Pavlov 11
1912

ADVERTENCIA

Esta primera Historia de Tenerife, escrita por el P. Fr. Alonso de Espinosa, con el título «De la aparición y milagros de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Candelaria», e impresa en Sevilla el año de 1594, es uno de los documentos más apreciables para la historia del país, con relación á las antiguas costumbres de sus primitivos habitantes.

Escrita cuando apenas acababa de extinguirse la generación que presenci6 la conquista de Tenerife, y habitando su autor en el país donde se agruparon casi todos los restos guanches de la población indígena de la isla, pudo recoger las tradiciones que tan recientes debían conservarse entre los hijos de aquellos guanches, trasladándolos á su obra, si bien de muy limitada extensión, no por eso de escasa importancia, siendo ella la

única fuente á donde acudieron todos los escritores á tomar las pocas noticias que se han conservado sobre los antiguos isleños, y á los cuales se ha dado, así por nacionales como extranjeros, el más completo crédito, tanto por la época en que se escribieron como por el carácter del respetable religioso que las reunió, trasmitiéndolas en su pequeño libro á la posteridad.

Este libro, no se sabe por qué causa, se había hecho ya tan raro en tiempo que escribió su Historia Núñez de la Peña, que según este laborioso investigador de las cosas de islas, sólo existía un ejemplar en La Laguna. De este ejemplar, sin duda, completó un fragmento impreso que poseía el esclarecido patricio Marqués de Villanueva del Prado, haciendo copiar muy cuidadosamente las hojas que le faltaban, y este ejemplar, perteneciente al Dr. D. Francisco M.^a de León, es el que sirvió de texto para la edición de 1848.

Este libro, lleno de noticias fidedignas acerca de los usos y costumbres del canario primitivo, inspiró, á través del poema de Viana, la comedia de Lope de Vega «Los guanches de Tenerife y Conquista de Canarias», publicada por Menéndez Pelayo en el

tomo XI de las «Obras completas del Fénix de los Ingenios». La obra del dominico Espinosa fué reimpresa en Santa Cruz de Tenerife, formando parte de la «Biblioteca Isleña»; su primera edición (Sevilla, 1594, 8.º) es rarísima, pero de ella existe un ejemplar en el «British Museum», de Londres.

INTRODUCCION

En el proemio de su obra, después de exponer las dificultades que tuvo que vencer, para pergeñar su historia, escribe el P. Espinosa:

Debo advertir al lector que lo que escribo de la isla y de los naturales de ella y de sus costumbres, lo he averiguado con la más certidumbre que he podido, escogiendo de mucho lo más cierto y llegado á razón y más recibido. Mas lo que trato de conquista, guerras y conquistadores, parte, y la más es de oídas; y partes es sacada de los archivos y escritorios, que en pleitos que entre partes se trataban sobre tierras y posesiones he hallado, y si no fuere tan por extenso todo contado como ello pasó, no es culpa mía, pues no me pude hallar presente cuando ello pasó, ni hay hombre en las islas todas que lo

viese, y vale más saber algo, aunque breve y confuso, que no quedar de todo ayuno. Y para más claridad y distinción dividimos la historia ó narración en cuatro libritos.

El primero será de la descripción de la isla de Tenerife y de sus calidades y de los naturales della y de sus costumbres y otras cosas.

El segundo libro del origen y apareamiento de la Santa Imagen de Candelaria y de las cosas que en este tiempo pasaron.

El tercero de la conquista de la isla y conquistadores della.

El cuarto libro contiene los milagros que Nuestro Señor ha obrado por esta santa reliquia

DE RODRIGO NUÑEZ DE LA PEÑA,
EN ALABANZA DEL AUTOR

SONETO

No puede ser, ni ser jamás podría
salvo fuese con pluma milagrosa
mostrarme en metro cual se muestra en prosa
el docto Alonso en obras de María.

Su pluma es singular, común la mía,
por cuya causa vuela temerosa,
mas viendo yo sin par al Espinosa
pierdo el temor y vuelvo á mi porfía.

Sintiendo que no escribo en competencia
del que tienen las musas en su choro
sagrado, por extremo sin segundo;

Mas sólo que sublimo su gran ciencia
y suma discreción, que es un tesoro
que basta á enriquecer todo este mundo.

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO

Pluma que assi tan alto te has subido,
Que de Nivaria trates el cimientto
Si no te yelas, mucho has emprendido
Mas no te elarás, ques bueno tu intento
La descripción, y origen, que has sabido
De su gente y costumbres (grato cuento)
Refiere, y sepa el mundo que en Nivaria
Apareció la imagen Candelaria.

Fr. Alonso de Espinosa

De la descripción de la isla de Tenerife y de su antigüedad

Entre las siete islas que comunmente llaman de Canaria (que de la una de ellas llamada así se denominan) la mayor, más rica, abundosa y fértil es Tenerife. Porque se llamen Canarias, no es de mi intento y propósito tratarlo, pues no hablo más que de una sola que es Tenerife. A la cual los antiguos llamaron Nivaria, por un alto monte que en medio de ella está llamado Teyda, que por su gran altura casi todo el año tiene nieve. Vese este pico de Teyda de más de sesenta leguas a la mar, y desde él se divisan todas

las demás islas. Concuerta muy bien el nombre antiguo con el que los palmeses le pusieron que es Tenerife, porque según estoy informado Tener quiere decir nieve, y Fe monte; así que Tenerife dirá monte nevado que es lo mismo que Nivaria.

Los naturales de esta isla que llamamos guanches en su lenguaje antiguo la llamaron Achinech. Está situada en el mar Atlántico o oceano, ochenta leguas de la costa de Africa, y de la isla de Cádiz doscientas y sesenta más. Córrese lo más de esta isla y costa, Nordeste Sudoeste. Este Oeste: es tierra hondable y limpia. Está casi en medio de las siete islas; porque hacia el Sudeste está Canaria, Fuerteventura al Este y algo más para el Nordeste de Lanzarote; la Palma le demora al Oeste, y el Hierro al Oeste Sudoeste, y en este parage la Gomera. La forma desta isla es casi triangular porque tiene tres cabos o puntas. La punta de Naga, que está hacia el Nordeste. La de Teno al Oeste Sudoeste, y la montaña roja al Sur Sureste; tiene en contorno treinta y una leguas, y por lo más angosto ocho de ancho, está en veinte y ocho grados y medio de la Equinocial.

Hay noticia destas islas, aunque no de to-

das, desde antes del nacimiento de Cristo nuestro Redentor. Porque Plutarco en la vida de Sertorio, capitán romano, que fué cincuenta años antes del nacimiento de Cristo, hace memoria de algunas dellas, que no son las mejores, y dice así: Estando Sertorio en Cádiz huído de los romanos que le habian quitado su plaza, llegaron a él unos marineros, que acaso entonces tornaban de las islas Atlánticas que llaman Bienaventuradas, y después de haber contado el sitio de ellas dice. Hay en ellas pocas lluvias, y vientos medianos, y por la mayor parte suaves con su rocío. El suelo dellas es grueso, y no solamente es fácil de labrar, arar y plantar, mas aun de si, sin algún estudio humano produce fruto dulce y bastante para mantener muchedumbre ociosa. El aire es allí sencillo y templado, y guarda por tiempos mediana templanza, porque los vientos que de tierra soplan, que son Boreas y Aquilon, por la gran distancia pasando por lugares despoblados, y vacíos, llegan fatigados, y faltan primero que se embatan en las mismas islas. Y los que soplan de la parte del mar, como zéfiros &c. inducen algunas aguas y lluvias templadas para resfriar, y por la humedad del aire crían muchas cosas con soberana

facilidad, de modo que entre los bárbaros hay crecida fe que allí están los campos Elisios, y las moradas y asientos de los bienaventurados que Homero canta. Oyendo Sertorio estas cosas recrecióle deseo de ir á aquellas islas, y morar en ellas con quietud, sin magistrado, ni cuidado de guerras. Esto escribe Plutarco que no tuvo noticia de más de dos islas en tiempo de Sertorio, y estas no las mejores; ¿cuánto más escribiera, si desta que voy tratando tuviera conocimiento?

Virgilio, poeta, en el cuarto de los Eneydos, hace mención de la Sierra grande y pico desta isla cuando induce á Mercurio mandado por Júpiter á que vaya á Cartago, á desengañar á Eneas, y á animarlo para que no deje el viaje que para Italia tiene emprendido &c. El curioso lo puede ver allí.

En tiempo de Justiniano Emperador como refiere el Martilogium ó Kalenda Romana, no hubo noticia de más de seis islas, cuyos nombres eran, Aprositus, Iunonis, Pluitula, Caspería, Canaria, Pintuaría. Al fin ellas son antiquísimas, y siempre conocidas por fértiles y abundosas de todo, como en el siguiente capítulo se verá.

II

De la fertilidad de la isla

Hay en esta isla de que voy hablando por la banda que el Norte la baña, muchas aguas, fuentes, ríos, manantiales y chupaderos que de lo alto de los montes por sus veneros bajan a la mar: y de la parte del Sur, también hay aguas, mas no en tanta abundancia como en la del Norte. Es casi partida por medio de cabo a cabo de montes altísimos, que por la mitad della van, que llaman cumbre, y en medio della está y se levanta aquel alto pico que dicen Teyda. Es en general tierra de muy buenos aires y templados, que la hacen ser muy fértil y

dar muchos frutos y buenos, y así después que los españoles la habitan da mucho pan de todas suertes de trigo solo, dió el año pasado, con ser el año avieso, ciento y veinte mil hanegas y más, sin el centeno y cebada que se coge en grande abundancia por ser ordinario mantenimiento. Viñas de regadío y de sequero hay en grande abundancia: en Buenavista, en Daute, en la Rambla, en la Orotava, y en Tegueste, de muy suave licor, que se lleva a España, Francia, Flandes, Inglaterra, Guinea e Indias. Hay legumbres y frutas las mismas que en España. May mucho azúcar, mucha miel y cera, ganados de todas suertes. Criase mucha seda y muy buena. Hay mucha caza de perdices y conejos, palomas, tórtolas y patos. Hay muchas aves de todas suertes, y entre otras hay muchos de los pájaros que en España llaman canarios, que son chicos y verdes, y otros menores, verdes y cabizprietos, cuyos cantos son recios y de gran melodía.

Hay también en esta isla montañas de mucha frescura y arboleda, cedros, cipreses, laureles, palmas, álamos, robles, y otras muchas maderas que no hay en España. Pinos hay en grande abundancia, el corazón de los cuales es muy gordo, de que hacen grandes

vigas, y muy anchas tablas que nunca pudren, y es madera muy colorada que llaman tea, y de estos pinos había tan grandes, que es fama que con la madera de sólo un pino se cubrió la iglesia parroquial de los Remedios en la ciudad de La Laguna, que tiene de cumplido ochenta pies, y de ancho cuarenta y ocho: y con otro pino se cubrió la iglesia de San Benito en la dicha ciudad, que tiene ciento y diez pies de largo, y treinta y cinco de ancho, sin que otra madera se entremetiese.

Otras muchas maderas hay como son azebuches, lentiscos, sabinas, barbusanos, tiles, palos blancos, viñáticos, escobones &c. Hay un árbol muy oloroso cuyo humo además de ser de suave olor es medicinal y contra ponzoña, que llaman lignoaloé, que por ventura será el de que la Escritura sagrada hace mención. Hay otro árbol que llaman drago, grande y de pocos ramos, al cabo de los cuales solamente echa cinco ó seis hojas, poco más gruesas y largas que de cañas; por dentro no tiene corazón; es la madera del muy fofa y liviana, y así sirve para corchós de colmenas, y para hacer rodelas. La goma que este árbol cría es la que se llama sangre de drago, y la que el árbol de suyo

suda y destila sin cisión es la mejor que llaman sangre de gota. Es para medicinas muy buena, y para sellar cartas, y encarnar los dientes. Otro árbol pequeño hay llamado tabayba, que sajado echa de sí una leche muy blanca, que con el sol cuajada y mezclada con sangre de drago, sirve para sellar cartas y es muy buena. También se hace de lla liria para cazar pájaros, y mascada es buena para la dentadura y para desfleamar, otros muchos árboles y yerbas medicinales hay muchas que por evitar prolijidad paso. Hay también por la costa de la mar mucho pescado y marisco de muchas maneras, como son clacas, burgaos, lapas, almejas, cangrejos &c.

III

De otras cosas notables de esta Isla

Mucha más fuera la fertilidad de esta tierra si no estuviera la mitad de la Isla, ó más, inhabitable, é inculta por haber en algún tiempo ardido: y así está maltratada sin provecho alguno, que ni aun yerba para ganados produce. Esto causó muchos años antes que se conquistase, ni vintiese a poder de cristianos, fuego engendrado en las entrañas de la tierra, que rebosó por algunas partes della, y corrió como ríos caudalosos por diversas partes y así se ve el rastro que el fuego dejó, y las piedras y tierra abrasada sin provecho; de donde tomaron los autores

antiguos motivos de llamar a esta Isla, Isla del Infierno, por el fuego que de sí echaba.

Y esto haber sido así, demás de que en otras Islas ha acontecido, lo vimos por nuestros ojos el año de 1585, en la isla de la Palma en el término de los Llanos, que junto a una fuentecita en un llano fué creciendo la tierra visiblemente en forma de volcán, y se levantó en tan grande altura como una gran montaña, y habiendo precedido muchos terremotos y temblores de tierra vino a abrir una boca grande echando por ella fuego espantoso y peñascos encendidos. Y al cabo de algunos días (con gran estruendo que se oyó en las otras Islas) reventó y echó de sí dos o tres ríos de fuego, tan anchos como un tiro de escopeta, y corrieron más de legua por tierra hasta llegar a la mar: y fué tanta la furia que el fuego llevaba, que media legua dentro en la mar calentó el agua, y se cocieron los peces que en ella había. Supuesto esto, digo que es creíble lo que desta Isla cuento, estar lo más della abrasado, y así inculto; pero las tierras que deste incendio escaparon son de mucho provecho, y se crían en ellas todo género de árboles, legumbres, animales y aves.

cuantas en otras tierras se pueden criar, y algunas más.

Tiene esta isla otra propiedad, que no cría ni convierte en sí animal alguno ponzoñoso, como es víbora, culebra, alacrán, lagarto. Salvo unas ciertas arañas que picando hacen daño.

Esto baste cuanto á la descripción de la isla, porque pasemos a tratar de la gente que en otro tiempo habitó, y de sus costumbres.

IV.

De la gente que en otro tiempo habitó esta Isla

En otro tiempo fué habitada esta isla por los naturales della que llamamos guanches, cuyo origen, ni de dónde hayan venido a ella no he podido descubrir, porque como los naturales no tenían letras, aunque de padres a hijos hubiese habido alguna memoria, como esta es deleznable y falta, faltó la certeza de su origen y descendencia, y así hay muchas opiniones acerca dello, porque algunos nos dicen que descenden de romanos, que no sé por dónde vinieron, ni sé tampoco a qué se fundan, ni de dónde tomaron motivo

para decirlo; otros dicen que descienden de ciertos pueblos de Africa que se levantaron contra los romanos, y mataron al Pretor o Juez que tenían, y que en castigo del hecho por no matarlos a todos, les cortaron las lenguas, porque en algún tiempo no pudiesen decir del levantamiento (como si faltara tinta y papel) y los embarcaron en unas barcas sin remos, dejándolos y encomendándolos al mar y a su ventura. Y éstos vinieron a estas islas y las poblaron. Pues si vinieron de gentes sin lenguas, ¿qué mucho no la tengamos de su origen?

Otros dicen que persiguiendo los romanos a Sertorio, y habiéndole quitado su plaza y tenencia, andando huído de ellos, con compañía que de africanos y otras naciones traía consigo, como hubiesen tenido noticia de la fertilidad destas Islas y de su mucho vicio, por vía de unos marineros que llegaron a Cádiz estando ellos allí, que aquesto contaban. Después de muerto Sertorio por no caer en manos de sus enemigos, se dispusieron todos los que le seguían para venir a buscar estas Islas: y así de ellos se entiende haberse poblado. Otro autor hay que dice que en tiempo antiguo fué tierra contigua estas islas con Africa como lo fué Sicilia con Italia,

y por curso de tiempos con tempestades y diluvios se dividieron y apartaron y así la gente que en ellas quedó ignorantes del arte de marear se estuvieron cada cual en su isla sin tener comunicación como no la tenían unos con otros.

Los naturales guanches viejos dicen que tienen noticia de inmemorable tiempo, que vinieron a esta isla sesenta personas, mas no saben de dónde, y se juntaron y hicieron su habitación junto á Icode, que es un lugar de esta Isla, y el lugar de su morada llamaban en su lengua «Alzanxiquian abcanabaxerax», que quiere decir «Lugar del ayuntamiento del hijo del grande».

Destas opiniones puede seguir el lector la que le pareciere y más le cuadrare, que la mía es que ellos son africanos, y de ella traen su descendencia así por la vecindad de las tierras, como por lo mucho que frisan en costumbres y lengua, tanto que el contar es el mismo de unos que de otros. Allégase á esto también que los manjares son los mismos, como es el gofio, leche, manteca &c. Sean los que se quisieren, desde que hay gente en estas islas hay memoria de más de mil quinientos y tantos años. Porque es fama que los apóstoles enviaron á ellas á predicar

la fé un obispo, cuyo nombre me han prometido decir. Y de mil y ciento a esta parte la Kalenda lo dice por estas palabras, «*Fortunatae insulae sex número, Apropositus, Iunonis, Pluitala, Casperia, Canaria, Pintuaria, in Oceano Atlantico, al occasu Africae adiacentes. Hic Blandanus magnaë abstinentiæ vir ex scotia pater trium milium monachorum: cum beato Maclovio tras insulas septenio perlustrat. Hic dictus Maclovius gigantem mortuum suscitatur: qui baptisatus ludæorum ac Paganorum penas refert, et paulopot iterum moritur, tempora Iustiniani Imperatorio.*» Que quiere decir: «Las islas fortunadas son seis, Aproposito, Iunonis, Pluitala, Casperia, Canaria, Pintuaria, que al poniente de Africa en el mar Oceano están situadas. En ellas estuvo Blandano, varón de grande abstinencia, natural de Escocia; padre y pastor de tres mil monjes, por espacio de siete años, con el bienaventurado Maclovio, el cual resucitó un gigante muerto, y bautizado, contaba y refería las penas que los judíos y paganos padecen en el infierno, y de ahí á poco murió otra vez en tiempo de Justiniano emperador».

Pues si tan antigua nación es esta, y no teniendo letras (como no las tenían) no es

mucho que no supiesen su descendencia y origen. Mas procedan de donde quisieren, lo cierto es que no tenían ley alguna, ritos ni ceremonias, ni dioses como otras naciones. Y aunque conocían haber Dios, al cual nombraban por diversos nombres y apellidos, como son Achuhurahan, Achahucanac, Achguayaxerax, que quiere decir el grande, el sublime, el que todo lo sustenta, no se sabe que lo venerasen. Mas cuando los temporales no acudían, y por falta de agua no había yerba para los ganados, juntaban las ovejas en ciertos lugares, que para esto estaban dedicados, que llamaban el bailadero de las ovejas, e hincando una vara o lanza en el suelo, apartaban las crías de las ovejas, y hacían estar las madres al derredor de la lanza dando balidos, y con esta ceremonia entendían los naturales que Dios se aplacaba, y oía el balido de las ovejas, y les proveía de temporales.

V

De algunas otras costumbres de los naturales

El conocimiento que los naturales guanches tenían de Dios era tan confuso, que sólo conocían haberlo, conociendo y alcanzando haber un hacedor y sustentador del mundo (que lo llamaban como dicho tengo, Achguayaxerax, Achoron, Achaman, sustentador de cielo y tierra), mas ni conocían inmortalidad de las almas, ni pena, ni gloria que les debiese.

Con todo esto conocían haber infierno, y tenían para sí que estaba en el pico de Teyda, y así llamaban al infierno Echeyde, y al demonio Guayota. Y aunque gente sin ley,

no vivían fuera de ella porque en algunas cosas se sujetaban y llegaban a la razón: como es en tener superior y conocer vasallaje: en contraer matrimonio, y diferenciar los hijos legítimos de los bastardos. En hacer leyes y sujetarse a ellas: y en otras cosas que en el discurso de la historia se verán.

Acostumbraban (porque tomemos desde principio la materia) cuando alguna criatura nacía, llamar a una mujer que lo tenía por oficio, y ésta echaba agua sobre la cabeza de la criatura: y aquesta tal mujer contraía parentesco con los padres de la criatura, de suerte que no era lícito casarse con ella, ni tratar deshonestamente. De donde les hubiese quedado esta costumbre, ó ceremonia, no saben dar razón, mas de que así se hacía. No que fuese sacramento, pues ni lo hacían por tal, ni les era la ley evangélica predicada, mas era una ceremonia de un lavatorio, que también otras naciones usaron. Puede ser haberles quedado esta costumbre y ceremonia desde el tiempo que Blandano y Maclovio predicaron en estas islas (como atrás queda dicho) ó antes, y como ellos murieron, ó se fueron de ellas, no les quedó más que la ceremonia, olvidando el fin para que se hacía, y el nombre por quien.

El ejercicio en que a sus hijos ocupaban, era en saltar, correr, tirar, y en ejercitarse para la guerra, que era muy usado entre ellos. Y estos guerreros (que casi lo eran todos) estaban también disciplinados, que era ley inviolable que el hombre de guerra que topando alguna mujer en algún camino ó en otro lugar solitario, la miraba ó hablaba, sin que ella primero le hablase, ó pidiese algo, y en poblado le decía alguna palabra deshonestá, que se pudiese probar, muriese luego por ello sin alguna apelación, tanta era su disciplina.

VI

Del traje que usaban y los manjares que comían

Esta gente era de muy buenas y perfectas facciones de rostro y disposición de cuerpo: eran de alta estatura y de miembros desproporcionados a ella. Hubo entre ellos gigantes de increíble grandeza, que porque no parezca cosa fabulosa lo que se refiere dellos no la digo.

De uno afirman todos en general, y se tiene por cosa cierta y averiguada, que medía catorce pies de largo, y tenía ochenta muelas y dientes en la boca. Y dicen que el cuerpo de éste está mirlado, en una cueva grande,

sepultura antigua de los Reyes de Güimar, cuyo sobrino se hallaba en Guadamoxete. Este murió en una batalla que con los hijos del rey de Tegueste tuvo, y dicen que yendo a la batalla dijo cómo había de ser muerto en ella a manos de los sobredichos, mas que aquel que de su linage levantase su banot (que era la arma con que peleaba) ese vengaría su muerte, y así fué.

Es esta gente (los de la banda del sur) de color algo tostada y morena, agora sea por traer este color de generación, agora sea por ser la tierra algo cálida y tostarlos el sol; por andar casi desnudos como andaban. Mas los de la banda del Norte eran blancos, y las mujeres hermosas y rubias, y de lindos cabellos.

Su traje era (porque no tenían genero alguno de lino, ni algodón) un vestido hecho de pieles de corderos, ó de ovejas gamuzadas, á manera de un camión sin pliegues, ni collar, ni mangas, cosido con correas del mismo cuero, con mucha sutileza y primor tanto, que no hay pellejero que tan bien adobe los cueros ni que tan sutil costura haga, que casi no se divisa, y esto sin tener agujas ni leznas, sino con espigas de pescados, ó púas de palmas, ó de otros árboles. Este

vestido era abrochado por delante ó por el lado, para poder sacar los brazos con correas de lo mismo. Este género de vestidura llamaron tamarco y era común á hombres y mujeres: salvo que las mujeres por la honestidad traían por debajo del tamarco unas como sayas de cuero gamuzado que les cubrían los pies, de que tenían mucho cuidado: porque era cosa deshonesto a las mujeres descubrir pechos y pies. Este sólo era su traje de grandes y menores, y este les servía de cobertura para la vida, y de mortaja para la muerte.

Pues si la vestidura no es muy costosa, el manjar no es más preciado, porque sólo tenían y sembraban cebada y habas, que trigo, centeno, ni otras legumbres no las había en la isla, y sí en algún tiempo hubo trigo, perdióse la semilla.

Esta cebada después de limpia la tostaban al fuego y la molían en unos molinillos de mano, que son como los que en España tienen para moler el cebo de los bueyes. Esta harina llaman gofio, la cual cernida era su ordinaria comida, amasándola, ó destiéndola con agua, ó con leche y manteca de ganado, y esta servía por pan, y es de mucho mantenimiento.

También comían carne de oveja, cabra y de puerco, y esto era á solas sin otro conducto alguno, ni gofio, y esta carne había de ser a medio asar y dura, porque así decían ellos que tenía más sustancia que cuando estaba muy asada.

Hacían entre año (el cual contaban ellos por las lunaciones) muchas juntas generales: y el rey que á la sazón era y reinaba, les hacía el plato y gasto de las reses, gofio, leche y manteca que era todo lo que darse podía; y aquí mostraba cada cual su valor, haciendo alarde de sus gracias en saltar, correr, bailar aquel son que llaman canario con mucha ligereza y mudanzas, luchar, y en las demás cosas que alcanzaban, y no es poco de maravillar, que con manjares tan toscos y gruesos se criasen hombres tan valientes, de tanta fuerza y ligereza, y de tan delicados ingenios como dellos han salido.

También tenían miel de una fruta, que llaman mocán, que son del tamaño y hechura de garbanzos: antes que maduren son muy verdes: cuando comienzan a madurar se tornan colorados, y cuando del todo están maduros están muy negros, son dulces, y no se comen dellos más del zumo: á estos llaman

los naturales yoya, y la miel dellos chacer
quen. Hacíanla desta manera, cogían los mo
canes muy maduros, y poníanlos al sol tres
ó cuatro días, y maríahajábanlos o quebrá
banlos desmenuzándolos y echábanlos á cocer
en agna hasta que se embebía y quedaba co
mo arrope, y deste usaban como medicina
para cámaras, que estas y dolor de costada
era la enfermedad más ordinaria que pade
cían; la manera de curarse era sangrándose
de los brazos, cabeza ó frente, con una ta
bona ó pedernal.

VII

Del modo que tenían de hacer sus sembreras y casarse

Porque dije solo sembraban cebada, quiero contar el modo que de hacerlo tenían. El Rey, cuya era la tierra, daba y repartía á cada cual según su calidad ó servicios, y en este término que á cada cual señalaba hacia el tal su habitación (porque congregación de pueblo no la tenían), y su morada era comúnmente en cuevas que naturaleza crió, ó en otras hechas á mano en piedra tosca, con muy buena orden labradas, y donde no había cuevas hacían casas de piedra seca y paja encima, y en este término de su habita-

ción y morada, tenían sus ganados, sin que paciesen otros términos ajenos: y para que no les faltase el pasto, tenían gran vigilancia en no dejar nacer yerba, que no fuese provechosa para el ganado, y así siempre lo traían grueso porque lo criaban á ojo. En esta misma tierra de su término, con unos cuernos de cabra ó unas como palas de tea, porque hierro ni metal de ninguna suerte lo tenían, cavaban ó por mejor decir, escaraban la tierra, y sembraban su cebada. Esto hacía el varón, porque todo lo demás hasta encerrarlo en los graneles ó cuevas era oficio de las mujeres.

Cuando hacían su agosto y recogían los panes hacían juntas, y fiestas en cada Reino, como en agradecimiento del bien recibido, y eran estas fiestas tan privilegiadas, que aunque hubiese guerra se podía pasar de un Reino a otro seguramente a ellas.

Su modo de contraer matrimonio era: En agradando al varón alguna mujer fuese doncella, viuda ó repudiada de otro, pedíala á sus padres (si los tenía) y si ellos consentían, sin otra ceremonia ni concierto quedaban casados con el consentimiento de ambos. Y tenían las mujeres que querían y podían sustentar. Y como el casamiento era fácil de

contraer, fácilmente se dirimía: porquē en disgustando el marido de la mujer, ó al contrario, la enviaba á su casa, y ella podía casarse con otro sin incurrir en pena, y él con otra las veces que se le antojaba: y los hijos de aquel matrimonio dirimido, ó divorcio, eran tenidos por no legítimos, y así llamaban al tal hijo Achícuca y á la hija Cucaha.

En el uso de la generación, no tenían respeto más que a madre y hermana, porque las demás, tías, primas y sobrinas, cuñadas, todos las llevaban por un rasero sin diferencia alguna: pero aunque eran dados á este vicio, abominaban en extremo el pecado nefando,

VIII

De los reyes que en esta isla hubo, y de sus términos, elecciones y guerras

Muchos años estuvo esta isla y gente della sujeta a un solo Rey, que era el de Adeje, cuyo nombre se perdió de la memoria, y como llegase á la vejez á quien todo se le atreve, cada cual de sus hijos, que eran nueve, se levantó con su pedazo de tierra haciendo término y reino por sí. El mayor de los cuales como lo era en edad, lo fué en discreción, fuerza y ánimo; llamábanlo Betzenuhya, ó Quebehi por excelencia. Este tiranizó y señoreó el reino de Taoro, que agora llaman Orotava, cuyo término fué desde Centejo

hasta la Rambla aguas v̄rtientes á la mar, tras dél y á imitación suya los demás infantes, tomaron y se levantaron con sus pedazos llamándose mencey que es rey. Acaymo se llamó e intituló mencey de Güimar, de Abona Atguaxoña, y Atbitocarpe de Adeje. Los demás reyes cuyos nombres se ignoran reinaron en Naga, en Tegueste, en Tacoronte, en Icode y en Dante; pero sobre todos y á quien todos conocían superioridad era el rey de Taoro que tenía seis mil hombres de pelea, según los naturales afirman, y es de notar que aunque estos heredaron, y sucedieron al padre, sus descendientes no así, porque el modo que de suceder tenían era, que la sucesión de los reyes no era de padres a hijos, sino que si el rey que á la sazón reinaba tenía hermanos, aunque tuviese hijo, no heredaban los hijos sino el hermano mayor: y este muerto heredaba el otro hermano y así hasta que no quedaba hermano alguno, y entonces volvía la herencia del reino al hijo mayor del primer heredero, y así de uno en otro iba sucediendo.

Cuando alzaban por Rey á alguno, tenían esta costumbre, que cada reino tenía un hueso del más antiguo rey de su linaje envuelto en sus pellejuelos y guardado, y convocados

los más ancianos al Tagorōr, lugar de junta y consulta, después de elegido el rey dábanle aquel hueso a besar: el cual, besándolo, lo ponían sobre su cabeza y después de él los demás principales que allí se hallaban lo ponían sobre el hombro y decían: «Agoñe Yacoron Yñatzahaña Chacoñamet». Juro por el hueso de aquel día en que te hiciste grande. Esta era la ceremonia de su coronación, y este día llamaban al pueblo para que conociese al que habían de tener por rey, y festejábanlo, y regocijábanse como sabían haciendo banquetes generales á costa del nuevo rey y de sus parientes.

El Rey no casaba con gente baja y á falta de no haber con quien casar, por no ensuciar su linaje, se casaban hermanos con hermanas.

Cuando el Rey mudaba casa, que era el verano á la sierra y el invierno á la playa, llevaba los ancianos consigo, y una lanza ó bannot delante de sí a trecho, para que supiesen que era el Rey, y cuando algunos le encontraban en el camino postrábanse por tierra y levantándose, limpiábanle los pies con el canto del tamarco y besábanselos; la asta que el Rey llevaba delante de sí llamaban añepa.

Había entre ellos hidalgos, escuderos y villanos, y cada cual era tenido según la calidad de su persona. Los hidalgos se llamaban Achimencey, los escuderos Cichiciquítzo, y los villanos Achicaxna. El Rey se llamaba Mencey, y de aquí los hidalgos como descendientes de Reyes se llamaban Achimencey, porque Quebehi era como decir Alteza. Tenían los naturales para sí, que Dios los había criado del agua y de la tierra, tanto hombres como mujeres y dádoles ganados para su sustento, y después crió más hombres, y como no les dió ganados pidiéndoselos a Dios les dijo: Servid á esotros y daros han de comer; y de allí vinieron los villanos que sirven y se llaman Achicaxna.

Todas sus guerras y peleas eran por hurtarse los ganados (que otras haciendas no los poseían) y por entrar en los términos, y cuando había guerra con ahumadas y silbos se entendían: las armas ofensivas con que peleaban, que defensivas (si no eran los tamarcos que rodeaban al brazo unas pequeñas tarjas de drago) no las tenían: eran unas varas tostadas y aguzadas: con ciertas muesquecitas á trechos y con dos manzanas en medio en que encajaban la mano, para que no desdijese y para que fuese con más fuer-

za el golpe. Estas tales varas ó manzanas llamaban banot; con estas peleaban á manténiente después que habían cerrado los unos con los otros, y en dando el golpe quebraban la muesquecita para que la punta quedase en la herida; y para de lejos antes que cerrasen usaban de unas pelotas de piedras rollizas que tiraban con mucha fuerza. Cuando iban a pelear siempre iban desnudos salvo las partes deshonestas, y su tamarco llevaban envuelto al brazo; iban también sus mujeres con ellos que les llevaban la comida, y para si morían que los trajesen á sus entierros y cuevas y aunque fuesen vencidos no hacían daño alguno los vencedores á las mujeres ni hijos de los vencidos, ni á los viejos, y hombres que no fuesen de guerra, antes los dejaban en paz volver á sus casas.

Eran hombres de tanta fuerza como ligereza y se cuentan algunas cosas de ellos casi increíbles. Una piedra guijarro está en esta isla en el término de Arico, maciza, mayor que una grande perulera, la cual ví yo y es común plática entre los naturales que con aquella piedra iban sus antepasados á probar sus fuerzas, y que la levantaban con las manos y la echaban sobre la cabeza á las espaldas con facilidad, y ahora no hay hom-

bre por membrudo que sea que la pueda levantar ni dar viento. Pues su ligereza era tanta que á diez pasos esperaban que les tirasen quien quisiese una piedra ó lanza, y no podían acertarles porque hurtaban el cuerpo con mucha destreza. Pues corriendo, aunque sea por andenes y despeñaderos que otros no pueden pasar andando, dan ellos alcance á una cabra y la cogen á manos por pies. Tienen una habilidad extraña, y es de notar que aunque sea gran cantidad de ganado y salga de golpe del corral ó aprisco, lo cuentan sin abrir la boca, ni señalar con la mano, sin faltar uno. Y para ahijar el ganado, aunque sean mil reses paridas conocen la cría de cada cual y se la aplican. Otras mil gentilezas hacen como es arrojarse de una peña abajo con una lanza, y muchas más, que como son á todos notorias no quiero gastar tiempo en escribirlas.

IX

Del modo que tenían de enterrarse

No hay nación por bárbara que sea que con sus difuntos no tuviese piedad y les procurase hacer la última honra y beneficio en sepultarlos donde mejor les pareciera que convenía. Llega á tanto aquesto que ha habido nación que por no ver comer á la tierra y gusanos los cuerpos de sus queridos difuntos los enterraban en sus propias entrañas comiéndoselos ellos.

Los naturales desta Isla, piadosos para con sus difuntos, tenían por costumbre que quando moría alguno dellos, llamaban ciertos hombres (si era varón el difunto) ó muje-

res (si era mujer) que tenían esto por oficio y desto vivían y se sustentaban, los cuales, tomando el cuerpo del difunto, después de lavado, echábanle por la boca ciertas confecciones hechas con manteca de ganado derretida, polvos de brezo y de piedra tosca, cáscara de pino y de otras no sé qué yerbas, y embutíanle con esto cada día, poniéndolo al sol cuando de un lado, cuando de otro por espacio de quince días, hasta que quedaba seco y mirlado, que llamaban axo.

En este tiempo tenían lugar sus parientes de llorarle, al cabo del cual término lo cosían o envolvían en un cuero de algunas reses de su ganado que para este efecto tenían señaladas y guardadas, y así por la señal y pinta de la piel se conocía después el cuerpo del difunto. Estos cueros los adobaban con mucha curiosidad gamuzados y los teñían con cáscara de pino, y con mucha sutileza los cosían con correas del mismo cuero, que así no se parecía la costura. En estas pieles adobadas cosían y envolvían el cuerpo del difunto después de mirlado, poniéndole muchos cueros destes encima y algunos lo ponían en ataúd de madera incorruptible, como es tea, hecho todo de una pieza, y cavado no sé con qué a la forma del cuerpo: y desta

uerte lo llevaban á alguna inaccesible cueva, puesta en algún risco tajado, donde nadie pudiese llegar, y allí lo ponían y dejaban, habiéndole hecho en esto el último beneficio y honra. Mas los hombres y mujeres que los miraban, que ya eran conocidos, no tenían trato ni conversación con persona alguna ni nadie osaba llegarse á ellos, porque los tenían por contaminados é inmundos, mas ellos y ellas tenían su trato y conversación y cuando ellas miraban alguna difunta, los maridos les traían la comida, y por el contrario. &c.

Esto es lo que de las costumbres de los naturales he podido con mucha dificultad y trabajo acaudalar y entender, porque son tan cortos y encogidos los guanches viejos que si las saben no las quieren decir, pensando que divulgarlas es menoscabo de su nación. Y así quedo yo corto habiéndolo tomado tan tarde (pues ha casi cien años que la isla se conquistó) no es culpa mía ni yo me ofrecí á dar más que lo que podía.

X

De los insignes varones que desta gente han descendido

De lo que atrás queda dicho se ve claro y manifiesto que los naturales desta isla (no exceptuando á los de las otras, pues todos creo tuvieron un principio y origen) fueron gentiles incontaminados, sin ritos, ceremonias, sacrificios ni adoración en dioses ficticios, ni trato ni conversación con demonios como otras naciones. Y como la tierra limpia, ganosa de producir, que echándole la buena semilla, y dándole el riego necesario, produce con fortaleza y da fruto á su tiempo: así estos naturales, como estaban sin ley,

sin ceremonias, sin adoración y conocimiento perfecto de Dios (cosa que todas las racionales criaturas apetecen) hallólos el evangelio desembarazados, y materia dispuesta en que obrar, cayó la semilla de la fe en sus corazones por el oído, diósele el riego necesario de la palabra divina y sacramentos, acudió esta fértil tierra, y produjo varones aprobadísimos y de gran celo de religión y cristiandad, varones de ingenios delicadísimos y caudalosos, así en las humanas como divinas letras esmerados. Varones que no sólo con la toga, no sólo con el bonete, más también con la espada han mostrado su valor y la virtud de sus antepasados.

Han salido desta isla y gente, hombres de todos estados, de quien el rey nuestro señor, así para paz como para guerra se ha servido con mucha acepción. Y conocida su limpieza la santa inquisición, los admite á sus consultas y secretos, y con oficios honrosos los decora, y las catedrales iglesias se honran en regirse y gobernarse por ellos, y que en sus púlpitos y cátedras se suban y enseñen.

Fin del libro primero

INDICE

LIBRO PRIMERO

- Capítulo I. De la descripción de la isla de Tenerife y de su antigüedad.
- Capítulo II. De la fertilidad del país.
- Capítulo III. De otras cosas notables de esta Isla.
- Capítulo IV. De la gente que en otro tiempo la habitó.
- Capítulo V. De algunas otras costumbres de los naturales.
- Capítulo VI. Del traje que usaban y de los manjares que comían.
- Capítulo VII. Del modo que tenían en hacer sus sementeras y casarse.
- Capítulo VIII. De los reyes que en esta Isla hubo, y de sus términos, elecciones y guerras.
- Capítulo IX. Del modo que tenían de enterrarse.
- Capítulo X. De los insignes varones que desta gente han descendido.

